



Academias

Por el Teniente VICTOR MARINERO BERMUDEZ

VUELA EL RECUERDO

Decretada la traslación a la villa complutense—centro espiritual de España—de la Academia de Aviación, acentúa su perfil histórico la prístina de León, donde un día convivimos entrañablemente con nuestros hermanos del Aire.

Sobre el antiguo campamento de la Legio Séptima Gémina Pía Felix, águilas imperiales ciernen su mayestático vuelo. Sólo la distancia lo hace parecer lento, pero sobrecoge a los que sienten precipitarse sobre ellos la furia trepidante de estas extrañas aves, las cuales se agrandan rápidamente mientras brama el "piu-cento".

Su nido no se esconde en inaccesibles riscos, sino en alta llanada, barrida por aquilones, junto a la votiva, jacobea estación de la Virgen del Camino. No en torpe entramado, sino en una serie de barracones metálicos con puertas rodantes, a los que se llega por pista de cemento y ferrovía; sobre la cual, bufantes unicornios encarrilados traen y llevan la osamenta de tan mirífica pajarería en piezas intercambiables de duraluminio. Peculiar conformación que no rebaja la capacidad agresiva de estas aves mecánicas, sino que la acrece, pues si trocaron garras prensoras en ruedas neumáticas, su corvo pico escupe fuego, y con ronco empuje alcanzan techos insospechados desde los que desplomarse sobre su presa.

Por contraste, falcónidas desplazadas por la misma rapidez de su evolución, resignan su osarío al hangar de una Maestranza, que, junto al histórico montón de sus restos mortales, ensaya prototipos superanimados.

En el centro de la pista retiembla la encantada torre de cristal—mensajería del cielo—, desde la que el Oficial de guardia aérea contempla el continuo posar-

se y elevarse de los correveidiles volantes: abejorros fugaces y diminutos, pesadas y fondonas zancudas, inestables pajarracos y raras especies aladas sin posible similitud. Bautízalos triple nominación: la comercial de Heinkel, Saboya, Ju, Fiat, Curtiss, Dornier; la familiar de chatos, cigüeñas, pavos, dragones, rayos, perros, ratas, bacalaos...; y la matemática—reservada a los iniciados—de 70, 111, 79, 81, 88, 52, C. R. 32, 45, Do-17, etc.

Grupos de severos arúspices predicen intencionadamente toda suerte de tomas y despegues esperando su turno; entorpecidos por sus agobiantes monos de vuelo, dan una vuelta en redondo para evitar las nubes de polvo que el rebufo de los furibundos cazas levantó. Junto al suelo—setas vibrantes—cruzan seguidamente éstos, mientras en lo alto acróbatas del aire entrecruzan figuras de Fisseler.

Pero no toda la vida escolar de estos jinetes que domeñan los corceles alados transcurre cara a la troposfera. Como en todos los Centros de Enseñanza Militar, los alumnos deben aprender—para dominar hombres y máquinas—a triunfar sobre sí mismos por medio de una severa disciplina.

Del otro lado de los barracones-nidos se eleva la severa geometría de la Academia, prolongada hasta imprecisos términos por la Maestranza y las Escuelas de Aprendices.

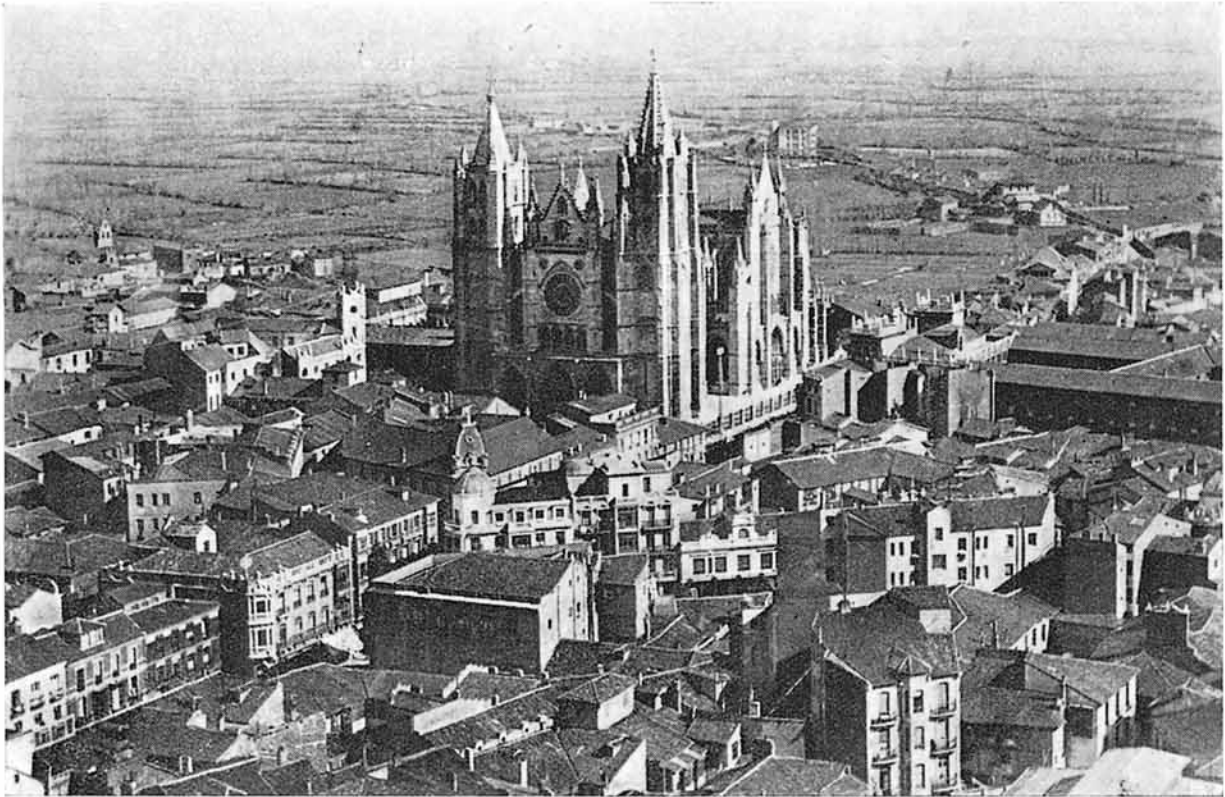
El rojo marchito de los ladrillos entona con grises guijarros y severos "gneiss". Junto a un amarillo promontorio de hojas muertas, filosofa—consciente de sus limitaciones—el borriquillo uncido al carro de la limpieza. Las escobas de brezo mondan los cantos, y el suelo refleja la luz discreta de un sol invernal.

Cuando los alumnos demuestran en las duchas su arriesgado sentido de la higiene, el vaho desprendido de los cuerpos empaña los cristales acaramelados por la helada, borrando la visión de un patio cuadrado en blanca piedra; inmenso salón de armas, presidido por la austera silueta de la Cruz de los Caídos. La sierra—telón de fondo— cierra el horizonte, bordado con festón de nieve.

crystal, no admite contemplaciones; pero en el estadio el frío agujonea la competición atlética.

Redoblan sobre la elipse del simplificado hipódromo, endurecida por la helada, cascos de caballos que montaron promociones sucesivas hasta familiarizarse con sus mañas. (¡Suave vaivén del "Pingüino", ágil brío de "Jorgito", desenfrenado galope del "Anciano"; caídas espectaculares, pagaderas en coñac; excursiones involuntarias a Trobajo y Montejos, desestibado el incauto jinete y la cabalgadura, mereciendo primeros planos de película de episodios!)

Aún el resto de la jornada, la indumentaria de los Cadetes ("breeches" con trabilla, grueso tabardo y go-



Vista aérea de León.

Durante la mañana se desarrollan las clases teóricas. Si los pasillos se llenan diez minutos a la hora por el jolgorio de los comentarios, durante los cincuenta minutos restantes sólo se escuchan en las severas aulas monólogos y diálogos sin palabras superfluas. Ciencia, arte y técnica se desarrollan en conferencias bien medidas y laboriosamente preparadas, según plan calibrado al segundo.

Al mediodía—la olímpica hora sin sombras—los vecinos del curioso internado se dedican al atletismo, recibiendo, mientras ejercitan sus músculos, unos tímidos rayos solares, que—aun cayendo verticalmente—lo hacen sin convicción. La piscina, cuajada en turbio

rro con barbuquejo) les prestará aire de deportistas descabalgados, estirando las piernas por salas y galerías.

En el comedor, amplia nave inundada de luz; los alumnos, agrupados de diez en diez, en doble hilera de mesas paralelas, se lanzan la pelota del comentario socarrón.

Al comienzo de la tarde, masas plumizas erizadas de brillantes aceros despliegan sobre el campo. Nuevamente se agrupan, y en exacta maniobra derivan las más varias formaciones, para desfilas finalmente en columna, mientras una banda de música, reforzada por

rica algarabía de trompetas y tambores, marca un alegre pasacalle o el rotundo compás de un himno.

La tarde no es aquí ese concepto decadente que en otros lugares. La acción sigue su ritmo ascendente, y cuando allá abajo, en la ciudad coronada por góticas agujas, el buen vecino apura a sorbos dilatorios un café con leche entre estruendo de enconadas garrafinas, y a la caída del sol, novios y familias confluyen en las salas de cine, y los bienaventurados se recogen en el estadismo de la oración isidoriana, nuestros Cadetes sólo descansan del esfuerzo físico para entregarse de nuevo a su casi ininterrumpida labor intelectual. Su retina no se distrae en la sucesión de proyecciones noveladas, ni reposa en quietista contemplación, sino que se contempla sobre fórmulas, fechas, características y otros datos tan áridos como interesantes, forzando una ya abarrotada memoria. Corren las horas de estudio, y cuando el horario académico, ese rígido ordenancista de voz metálica que viste y desnuda al Cadete doce veces al día, da la señal de alto, y los alumnos antes de cenar se embuten en su flamante uniforme, la corbata es anudada distraídamente, mientras los ojos prenden las últimas notas de la lección.

Al toque de silencio sigue un apagón general. El Oficial de guardia vigila cómo la verja chirría tras el último coche que se recoge al aeródromo. La luna des-

parrama su pálida luz acetilénica por calles, pistas y campo que la embeben con avidez.

Así, el día, indiferente a su propia historia, muere sin enterarse de que fué abrumadoramente lectivo.

Ya entrada la noche, también el gran foco lunar se apaga. Hay un largo intervalo de tinieblas y silencio absolutos. De nuevo el sol se levanta entre colchas chillonas. La escarcha ha encanecido árboles y macizos y se ha helado la hiel de las águilas en su forzado encierro (hangares que vibran en una tiritona multiplicada por ecos metálicos).

Al claror del amanecer, el Oficial de servicio rehace partes hasta lograr primores de pendolista. Poco después, el claxon del ómnibus de externos pide paso con voz tomada. Pero ya entonces los alumnos, entre sorbos de café, pugnan por mantener sus ojos abiertos, atropellando textos, y el Capitán de cuartel pasa su visita en una atmósfera tan cálida que su bigote se deshíela. Recostado junto a un radiador gigante, contempla con la fruición del contraste confortable cómo las ramas de los árboles pelados azotan las nalgas de las jacas del Viento, desbocándolas por las avenidas. Y añora sus tiempos de Cadete, en que también montaba—aun sin proponérselo—el inevitable "Anciano".

Vuela el recuerdo. Paralelamente, el futuro inminente acucia la acción.

Los días y los cursos

¿Por qué, Señor, los programas—hechos para recordar—no recuerdan nada a la hora del examen?

• • •

¿Con qué rabia echan espuma por la boca los extintores hasta quedar exhaustos!

• • •

En el vuelo invertido, nos ponemos el mundo por montera.



Si los más altos formasen detrás, los pequeños no se verían forzados a jadear, y les sería posible contemplar el paisaje en lugar del invariable cogote de su predecesor.

• • •

Mentiras:

- Ojalá me pregunten.
- ¡Descanso!
- Mañana le volveré a preguntar.
- Yo con este Instructor hago lo que quiero.

—Sí, sí. Lo he comprendido perfectamente.
—Y entonces yo me planté y le dije: Mi Coronel...



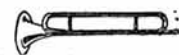
El corneta toca alto de clase cuando ya no hay quien nos salve; pero desde la tarima vemos cómo nuestro mejor amigo resplandece de satisfacción. ¡Egoísta!

• • •

En los paseos de la Academia los árboles están alineados, cubiertos, y sus ramas bracean con marcialidad.

• • •

—¡Ah, si yo hubiera estado allí!—lamenta el subjetivo ególatra al estudiar la coyuntura histórica.



Cuando la Compañía duerme, el insomne es confesor involuntario de los que sueñan en voz alta. Pero jamás debe aprovechar su conocimiento del secreto de confesión arrancado por la indiscreta pesadilla.